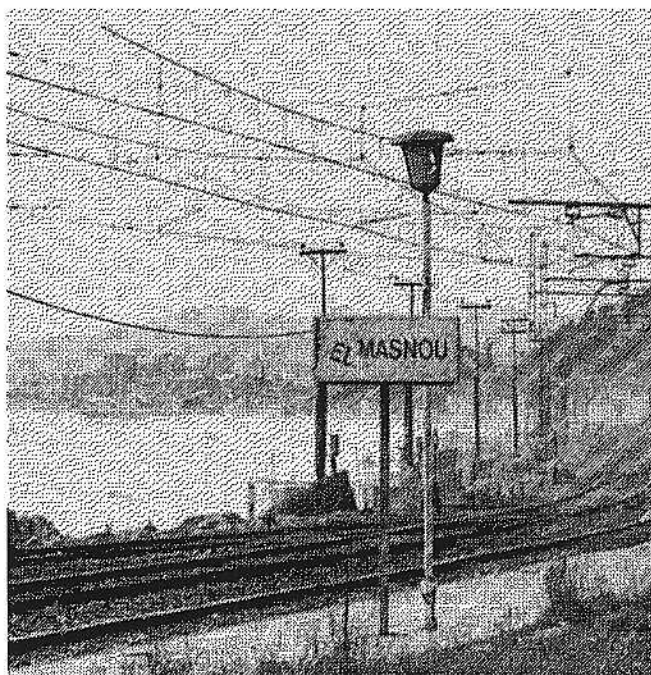




Vías férreas en El Masnou (Maresme)

SALVADOR SANSUÁN

Narrativa Masoliver Ródenas echa una ojeada a la infancia y primera juventud en una veintena de relatos ambientados entre Barcelona y El Masnou

Desazones de la niñez, enigmas de la madurez



Juan Antonio Masoliver Ródenas
La noche de la conspiración de la pólvora

ACANTILADO
230 PÁGINAS
17 EUROS

CARLES BARBA

Sin duda hay una forma obvia de medir la calidad de un libro de relatos: nos gusta o no nos gusta. Pero hay maneras más indirectas de considerar su excelencia: si, concluidas las piezas, nos producen un efecto de unidad. O si, en el curso de la lectura, remueven en nosotros, aquí y allá, comparaciones con los maestros del género. O si, en cada relato que confrontamos, encontramos dos historias, la que se va desplegando en la superficie, y otra subyacente que se sustenta en la ambivalencia.

La veintena de narraciones reunidas en *La noche de la conspiración de la pólvora* satisfacen en general estas tres expectativas. Todas tienen entre sí un aire de familia, intercambian ecos y correspondencias, los escenarios se reiteran y muchos personajes reaparecen. Por otro lado, algunas piezas llevan a pensar, por asociaciones de atmósfera, en cuentos de Joyce, de Machen o de Monterroso. Juan Antonio Masoliver Ródenas en fin, en éste su segundo libro de relatos desde *La sombra del triángulo* (1996), sigue recombinando los temas de aquel volumen ("la infancia, el amor, el sexo y la muerte", en palabras del redactor de la contraportada), pero ha acentuado su cara oculta, la parte de misterio que se deja sentir pero no comprender.

Si alguna cohesión presenta este conjunto es la de la memoria sobre el pasado de la infancia y la primera juventud.

Las historias nacen y se desarrollan alimentadas por recuerdos, recuerdos de niñez y adolescencia muy vívidos, que se van entrelazando caleidoscópicamente y que, en su agolpamiento libre de orden racional, producen un efecto de territorios encantados, donde todo es posible, incluso el horror.

Al menos una decena de piezas transcurren en El Masnou de posguerra. El Maresme de Masoliver en todo caso poco tiene que ver con el Maresme clasicizante de Espriu, lleno de "fonollars i viñes". Su Masnou remite más bien al Combray proustiano, la carretera de

Todas las narraciones del libro se dejan releer con gusto, pues tocan fibras muy sutiles del oficio de vivir

Teià tiene algo del camino de Swann, y entre los invisibles habitantes de las casas de Villajardín no sería difícil imaginar a los Guermantes. El primer relato (*El paseo del indiano*) y el último (*La noche de la conspiración de la pólvora*) dan muy bien el tono perfumadamente evocador de esta serie. En *El paseo del indiano* un grupo de niños de la posguerra, entre los cuales el narrador, oye hablar a su maestro de un legendario El Masnou, cuando el primer tren a vapor de Espa-

ña hacía retremblar el pueblo, y los indios vueltos de Cuba llenaban el primer frente de mar de ostentosas casas con palmeras. Estas imágenes transfiguradoras contrastan con los episodios bien reales de los camisas azules controlando el pueblo, y eliminando a tiros a los que no pensaban como ellos. En *La noche de la conspiración de la pólvora* en cambio las escenas conjuradas giran en torno a una noche de San Juan (santo del narrador), en la que su familia, sus hermanos (incluidos los dos enfermos) y sus amigos se vuelcan en la construcción de una gran hoguera, y la hacen arder tan pronto repican las campanas de las doce. El cuento es una pequeña joya de ensamblaje polifónico: al calor de la noche, de la fiesta, del chisporroteo de las llamas, y de los estallidos de cohetes y champán, cada cual busca por unos instantes su parte de felicidad en la existencia (el narrador, su padre, su madre...) pero, como se ve en el desenlace, la felicidad siempre resulta mezquina y, cuando la vida parece que la brinda, por otro lado la está quitando sin contemplaciones.

Los cuentos masnouenses forman -ya lo hemos dicho- la parte más nutrida y característica del volumen. Pero hay también relatos barceloneses, *El bigote de Cristo*, *La desgracia de Maria Acacia*, *Persianas cerradas*, en los que la acción queda acotada a un muy delimitado Eixample, la parte alta de Rambla de Catalunya. Y si en el ciclo del Maresme es la memoria la que va pintando con nitidez los pequeños avatares de la pubertad (y en primer término, los apremios del sexo), aquí es la desmemoria la que se apodera del narrador, y lo suena en un estado de extrañamiento frente a una ciudad que, respecto a la de su juventud, le resulta irreconocible. "No sé si estoy paseando o buscando o huyendo", dice el narrador de *Persianas cerradas*, una figura que pulula por Barcelona tras largos años de ausencia, deseoso de encontrarse con antiguos amigos, pero a la vez convencido de que si se topa con ellos, el paso de los años los habrá transformado en desconocidos. Y en *Amnesia* la situación de alienación urbana está aún más subrayada: el protagonista sale de casa y enseguida se siente perdido, y no sabe cómo regresar. Pero en la entrada de su propio extravío adivina una verdad más profunda que la que rige la cotidianidad de las personas que saben adonde van: se sabe de golpe en sintonía con el caos original de la vida, con "el desorden natural de las cosas".

Punzante interrogación

Hay una cuarta forma de validar un libro de relatos: darse cuenta de que se pueden releer sin un sentimiento de *déjà vu*. Las piezas de Masoliver se dejan releer con gusto, al fin y al cabo tocan fibras muy sutiles del oficio de vivir. Quizá el sentimiento dominante en estas historias sea el de una punzante interrogación sobre las cosas que se dan por admitidas: "¿Es posible no leer nunca? ¿Es posible no amar nunca? ¿Es posible no morir nunca?", se dice así mismo el narrador de *Persianas cerradas*. Y el desconcierto más absoluto se adueña del púber protagonista de *La princesa*: "No entendía nada. Ni qué era amar a alguien, ni cómo se podía amar a alguien que no te ama, ni por qué lo mismo me entraban ganas de follar sin saber lo que era y tenía ganas de hacerme pajas como si estuviese follando".

En sus cuentos, en definitiva, Masoliver parece decirnos que las perplejidades de la adolescencia no se solucionan con la madurez, y están siempre ahí, incordiantes y desazonantes. |